

LA ALBORADA  
SEMANARIO  
DE LAS FAMILIAS



LITERATURA. ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sábado 16 de Enero de 1873.

Núm. 14.

SUMARIO.

LA DIRECCION.—LOS AMORES DEL EDEN, por Luis M. Duarte.—A LA SRTA. JUSTA GARCIA ROBLEDO, poesía, por la Sra. Juana M. Lazo de Eléspuru.—DE ASTA Y REJON, por Ricardo Palma.—YO TE BENDIGO, poesía, por la Señorita Adriana Buendía.—PENSAMIENTOS, por Vicente Piedrahita.—A CHILE, poesía, por Clemente Althaus.—PANCHO JIMENEZ, por Paulino Fuentes Castro.—LA SOMBRA, poesía, por J. Arnaldo Marquez.—LAURA, por Rafael Sanchez Dias.—A SAN ANDRES, poesía, por Constantino Carrasco.—EL AGUA MANSA, traduccion, por la Señorita Angela Carbonel.—AL JOVEN F. M., poesía, por Numa P. Llona.—A T. O. Y R., poesía, por Nicanor A. Gonzales.—MOSAICO, por la señora Juana Manuela Gorriti.—SOLUCIONES.—CHARADA.—PERMANENTE.

LA DIRECCION.

Anuncia á los suscritores de la Alborada, que desde hoy se ha hecho cargo de las funciones de secretario, su estimable colaborador D. Gustavo de la Fuente.

La Direccion, con el objeto de evitar equivocaciones, previene á los suscritores á este semanario que cuatro de sus números hacen una mensualidad.

Verificado el sorteo del premio de la charada ha resultado favorecida la Señorita Emilia Perez de Velazco.

LOS AMORES DEL EDEN.

I.

Si el poema de la vida tiene sus primeros cantos en este mundo, lo mas clásico de la epopeya debe empezar en ultra-tumba.

Siempre he pensado en su vislumbre con este trozo de Alfredo de Musset:

Viajero, donde vas?  
—A renacer . . . La muerte  
No es fin, sino principio  
De ventura y amor.

II.

La intensidad del amor puro es determinada por el poder amante, mas que por las cualidades del objeto amado. Por eso, en las almas poderosamente dotadas, el amor se eleva hasta el ideal.

El ideal! la plenitud y la armonía de la vida: resultado del concierto de la perfeccion primitiva y de la perfeccion final de los seres.

Sentir con rectitud, pensar con verdad, imaginar con belleza, querer bien y justamente, es la armonía de la vida.

Tal es el patrimonio de las almas privilegiadas, de esos seres superiores que se elevan hasta el ideal de la vida, y el ideal de la humanidad.

El amor puro no vé los defectos del ser amado, porque no mira lo corpóreo de ese ser, no contempla la disposicion de su or-

ganismo material, sino se complace en la intuicion inefable de la belleza moral; el corazon enardecido en el bien.

Mientras mas poderosa es una alma, mas grandes y arrobadoras son sus ilusiones cuando ama.

Una alma que piensa noblemente, deduce de su amor los caracteres típicos de la perfeccion para dotar con ellos al objeto amado, para revestirlo de innarrables perfecciones.

Lo adorna con las mas risueñas gracias con los mas nobles atributos, con aquellos que no habria imaginado antes de sus sueños de rosa y ópalo.

Las almas vulgares y los cerebros adocenados, nunca llegarán á mecerse en esas elevadas regiones del idealismo.

Quizá no se exagera al decir que las almas superiores labran su felicidad, tejendo su amor.

III.

Nosotros mismos encantamos nuestro amor: adoramos al ideal, á la grata fantasía del espíritu.

Así es como el alma enamorada está fecundada por el sentimiento que la anima.

Sus ojos no ven ya el mundo sensual: en su espíritu aparece un vigor desconocido: su corazon tiene sentimientos nuevos que se desbordan en una simpatia universal.

Lleva en su interior una fiesta, y la esparce en el exterior.



ra en echar su bendición sobre la trabajadora limeña, en cuanto negocio ponía mano encontraba una ganancia loca.

Pero no todo es tortas y pan pintado en este valle de lágrimas y cuando mas confiada estaba doña Feliciano de que su marido no pensaba sino en ganar peluconas, recibió de Ica una carta anónima en que la informaban, con puntos y comas, de como el señor Mesía tenía su chichisveo, y como gastaba el oro y el moro con la *sujeta*, y que la susodicha no valía un carámbano ni llegaba á la zuela del zapato de doña Feliciano, que, aunque jamona, se conservaba aun bastante apetecible y no era digna de que el perillan de su marido la hiciese ascos.

El anónimo levantó roncha en el espíritu de la señora y se dió á pensar en la infidelidad del señor Mesía, y tanto zumbó en su alma el tábano de los celos que decidió remontar el vuelo y caerle al cuello al perjuro sorprendiéndolo en el gatuperio. Pero era el caso que para ir en esos tiempos á Ica se gastaban muchos dias y se corrían mil peligros; y como las bodegas no podían quedar cerradas ó á merced de un dependiente resolvióse á venderlas, comision que encargó á un español apellidado Vilches, que era su compadre y hombre para ella de toda confianza.

En esos tiempos las transacciones eran muy espeditivas, como que no se estilaban muchas fórmulas, y antes de cuarenta y ocho horas vió doña Feliciano entrar por las puertas de su casa algunas talegas de á mil. La señora regaló á Vilches un par de ellas, en recompensa de su actividad, y desembarazada de estorbos alistó su viaje para tres dias despues.

## II.

Aquella noche doña Feliciano echó sus cuentas y resolvió que, apenas amaneciese Dios, debía depositar su dinero y alhajas en casa de un comerciante de proverbial honradez. Pero sus celosas cavilaciones, por un lado; y por otro, sus cálculos rentísticos la quitaron el sueño y en ello tuvo no poca ventura.

Serian las dos de la madrugada, hora de gatos y ladrones, cuando sintió un lijero y cauteloso ruido de pasos en el traspatio. Aguzó el oido y se convenció de que en una puerta que comunicaba á su dormitorio estaban aplicando lo que, no en tecnicismo de botica sino en el de los hijos de Caco, se llamaba entonces una *ventosa*. Consistía este espediente en abrir por medio del fuego un boquete en la madera.

Doña Feliciano saltó con presteza del lecho, y de una esquina del cuarto tomó una asta ó varilla de palo á cuyo extremo adaptó un puntiagudo rejoncillo de hierro. Era esta el arma con que acostumbraban salir al campo todos los hacendados.

Así prevenida nuestra heroina se colocó en acecho tras de la puerta, y apenas la ventosa hubo dejado espedito un gran agujero asomóse por él una cabeza. Doña Feliciano sin dar el quien vive le clavó el rejoncillo en la nuca.

El ladron exhaló un grito de muerte y sus compañeros pusieron piés en pared. Entonces la señora dió voces, alborotóse el vecin-

dario, acudió la ronda y con universal sorpresa hallaron moribundo al honrado Vilches, quien cantó de plano y denunció á sus compañeros de empresa.

## III.

Todos se hicieron lenguas del arrojó de doña Feliciano y en Lima no se hablaba de otra cosa. A haber habido periódicos la habrían consagrado un estrepitoso bombo en la crónica local.

La fama de su hazaña la habia precedido á Ica á donde llegó una mañana, armada de asta y rejon, y abocándose á su marido le dijo:

—A Lima, señor mio, y á su casa, si no quiere usted que haga en su personita otro tanto de lo que hice en la de Vilches.

El señor de Mesía tembló como azogado, mandó ensillar la mula y, sin chistar ni mistar, dócil como un cordero, obedeció el precepto.

Desde entonces ella llevó en la casa los pantalones y él fué el más fiel de los maridos de que hacen mencion las historias sagradas y profanas, como que sabia que le iba la pelleja en el primer tropezon en que lo pillase madama.

Mucho cuento es tener por compañera una *mujer de asta y rejon!*

RICARDO PALMA.

Lima, Enero de 1875.

## ¡YO TE BENDIGO!

A la excelente poetisa Señora Manuela Villarán de Plasencia.

Gracias! Gracias, bellísima cantora,  
Por el afecto que mi bien te inspira,  
Y por la dulce cántiga y sonora  
Que hoy me consagra tu armoniosa lira!

Yo no tengo riquezas que ofrecerte,  
Flores no tengo, ni auras ni bonanza,  
Que esquivo siempre para mí la suerte  
Hasta el bien me negó de la esperanza.

Mas tengo un corazon y una alma pura  
Que en cambio te daré, noble matrona,  
Como débil ofrenda de ternura  
Que engastaré, rendida, en tu corona.

Tal vez Fortuna caprichosa, un dia,  
Quiera de flores tapizar mi senda,  
O el ángel de la dulce poesía  
Mi humilde ruego y fervoroso atienda.

Feliz entonces y en dichosa calma,  
En el Parnaso habitaré contigo.....

Mas hoy que un bien has prodigado á mi alma,  
Cantora del amor..... ¡Yo te bendigo!

ADRIANA BUENDIA.

## PENSAMIENTOS.

La virtud atea, es el disfraz del vicio.

La independendencia racionalista, sin Dios, es la dependendencia de la materia torpe. Los que niegan las eternas leyes del espíritu, se someten á fuerzas ciegas y brutales. Por

eso, lo que se llama moral independiente, no es sino la rebelion contra la moral verdadera.

Dios, al *permitir* la muerte que el hombre produjo con el desorden moral, nos dejó en ella el único medio humano de libertad y restauracion.

Asimilandose siempre principios puros, sustancias nuevas, el hombre se gasta y envejece. Porque el centro interior de asimilacion se envejece con el desorden moral: el *tipo interno* esta viciado; y al mostrarse este en su plenitud, empieza la decadencia orgánica. Cuando es mayor la accion de las pasiones, cesa el progreso de los órganos físicos. Cuando mas se sabe, cuando se ha saboreado el fruto de la ciencia del bien y del mal, principia la muerte. ¡Comprobada, admirable y eterna verdad!

La corrupcion de nuestra naturaleza física, es obra del mal que con ella se transmite. La ley del pecado original es tanto fisiológica, cuanto racional y moral.

Despues de Dios, el amor y el Dolor son los mas antiguos maestros de la humanidad.

Entran y caben en algunos corazones, durante esta vida de breves dias, dolores que llenarian siglos. Así el hombre, *ser indefinido*, se acerca á lo infinito, no solo por el amor, sinó tambien por el dolor.

VICENTE PIEDRAHITA.

## A CHILE.

(SONETO.)

Del torpe asalto que con tanto dolor  
Dió al peruano tesoro España fiera  
Justa y tremenda punicion la espera,  
Que no ofende el insulto al Perú solo.

América del uno al otro polo  
Habrá de estremecerse toda entera:  
Y ya te has levantado la primera,  
Oh patria de Lautaro y Colocolo! (\*)

Gracias, oh noble hermana generosa:  
Ven y en cien lides con nosotros muestra  
Que quien rompió cadena ignominiosa

Y libre se ve ya, no mas la arrastra  
A esa que se apellida madre nuestra  
Y que madre no fué, sino madrastra.

CLEMENTE ALTHAUS.

## PANCHO JIMENEZ.

QUE en Lima hubo y existen aun tipos singulares lo sabe el lector mejor que nosotros. Bosquejar y sacar á luz uno de ellos, no es tarea difícil; porque hasta la presente han llegado los *Moñon* y los *Bofetada*, á vista y paciencia de la generacion que se levanta, de ñeque y puño. Nos conocíamos uno, á quien por verbi gracia llamamos *Pancho Jimenez*, limeño de *pur sang*, como dicen hoy, que creció como el perejil ó la yerba buena, es decir, que pasó la ni-

(\*) Lautaro representa el valor y Colocolo la cordura (véase la Araucana): el valor y la cordura son las dos cualidades distintivas de la nacion chilena.

ñez y la juventud, sin dejar huella, ni practicar el mal y la portada de Maravillas sin dejar rastro, ni tener el séquito de coches que hoy sigue al difunto á la fúnebre morada; dejando á su viuda la recomendable Señora Doña Chomba Escalante en inconsolable desamparo, y por mas señas sin mas herencia que los recuerdos de su candorosa vida y carácter, que ella en persona nos ha contado hará la miseria de diez años.

Ah ¡que mocedades la de los *viejos antiguos*! Como cambian los tiempos!

Cuando Pancho Jimenes era simplemente Panchito, con bigote apuntado y todo, su tía Doña Escolástica, al toque de oraciones, lo tomaba de la mano, y *velis nolis*, se largaba con él al trisajio.

Sentado, ó mas bien clavado en el escaño, y á veces en las gradas del altar de Purísima, mientras Doña Escolástica se sumergía en extasis divino; él á su vez se entregaba al dulcísimo éxtasis del sueño.

Qué bonitos cuadros se le presentaban: la corte celestial, el niño Jesús convidandolo á jugar, en fin, el buen muchacho se transportaba por virtud del sueño hasta el quinto cielo, de donde lo hacían bajar á la miserable tierra unos cuantos golpecitos que en sus debiles espaldas le daba con el devocionario Doña Escolástica, con los cuales le anunciaba que las luces del templo se habian apagado, y que era llegada la hora de encaminarse á casa, á tomar el consabido chocolate, ó el champús de sabroso recuerdo, despues de lo cual, podía decir con el conquistador:

“Viejo en cuna  
Niño en cuna”

Figúrese U. sí con tal método de vida, no se espantarían los diablos tentadores, siendo remedio eficaz para conservar la salud del alma y evitar el contagio de esta epidemia que, con patente de civilizacion, arrastra á los jovencitos de hoy á las calles de Mercaderes, á los hoteles y á otros lugares *non santos*; aunque, á decir verdad, los dos métodos son á cual peor. Así pues, Panchito la pasaba de Enero á Enero; y de la noche á la mañana, se encontró con cuarenta años áuestas, endeble y con cierta enfermedad, que segun receta de los médicos de entonces, que debieron ser el *Dotor Santitos* y otros, solo podía curar el matrimonio. Fué en aquella época cuando conoció á Chombita y á su papá D. Jaramillo, hombre rasca-rabias, vociferador de las cosas del siglo y á quien debía gustarle el carácter de su futuro yerno, el cual yerno, aunque de ojos bobalicones y lengua un tanto enredada, con su cara aperlada y su esbelto talle, tenía un agradable golpe de vista. En mas apuros que un Ministro interpelado, ó que un escolar en exámen se vió Panchito el día en que Chombita, comprendiendo el *casus belli*, le formuló todo un *ultimatum* en un par de miradas, profundas, ardientes, irresistibles, de aquellas que, entrando por los ojos van á estallar en el corazón, mirada, á la vez que profunda, ardiente é irresistible, tierna, pecadora é insinuante, que podíamos traducir en este discurso:

—Don Pancho: soy como U. lo vé, jóven,

hermosa, sensible y de carne y hueso como toda hija de Eva. Veinticinco veces he visto salir la Luna en Diciembre, y crecer las flores en Abril, y aun vivo suspirando, sin que ningun corazón responda á su latido; y leo grabado en mi pensamiento este lema terrible—ó el casamiento ó una celda en el Cármen. U. es un solteron que dobla la esquina de los cuarenta, en cuya cabeza comienza á despuntar el invierno, y cuando llegue, si U. no se rinde, Señor Don Pancho; no tendrá U. quien con cariñosa solicitud le ponga botellas calientes á los pies y le cosa el boton de la camisa, haciéndole sentir la suave comeson de unas manitas de marfil que rocen sobre su cuello.

A tan edificante asperje que, como queda dicho, lo espresó la mirada aquella, la que puede servir de modelo á cuantas doncellas quieran conducir á sus donceles al altar de Himeneo; *Panchito*, no pudo resistir, se ruborizó, y lejos de tomar la ofensiva, fijó sus ojos en las uñas de sus manos, inclinando vergonzosamente la cerviz.—“Mia es la victoria”—dijose para sus adentros Chombita, y dijose verdad; porque *Panchito*, naturalmente tímido y no acostumbrado á semejantes hostilidades, no pudo resistir el magnetismo de aquella famosa mirada, histórica, y digna de ocupar una pájina en los anales de los triunfos de la mujer, y luego luego sintió dentro de su corazón un voráz incendio, que no hubieran bastado á extinguir todas las compañías de bomberos establecidas hoy en Lima, incluso la “salvadora.”

Y sucedió despues, lo que tenia que suceder: que á pocos dias *Panchito* tenia ya su cuya, llamándose desde entonces D. Pancho Jimenez él; Da. Chomba Escalante de Jimenez ella: que estado mudan costumbres, siendo ambos muy conocidos en su casa.

Genio y figura, dice el refran, hasta la sepultura: la carrera marital de Pancho Jimenez tenia que ser un corolario de sus antecedentes, de manera que los percances que no otra cosa podemos llamar, que le sobrevinieron, no tienen por qué sorprender al lector, que ya debe haber formado cabal concepto de él.

Fácil le será presumir al lector, que no habiendo, Pancho Jimenez, aprendido á trabajar, le fué necesario, para soportar las cargas del matrimonio, recurrir á la pater, nidad proverbial del Gobierno. Pero el hombre tímido no entra á Palacio, y Pancho Jimenes lo era hasta la quinta esencia. No faltará alguno que se asombre de ello, conciderando que por acá nadie abriga escrúpulos alpretender destinos de Gobierno, con méritos ó sin ellos, que eso está al favor y la intriga. Desprovisto de uno y otro recurso, Panchito Jimenez, se decidió á solicitar un destino, para cuyo efecto dijo una mañana á su conjunta:

—“Chomba, Chombita, saca hija el gaban y límpialo que hoy le toca su turno, pues tengo que vérmelas con todo un Señor Ministro.

Sacar el gaban, limpiarlo, ponerse de punta en blanco y colarse Pancho en Palacio, fué obra de pocas horas.

El impertinente ¡atrás! del centinela desconfianza á Pancho, que, repuesto del sus-

to cae en manos del portero del Ministerio, quien lo detiene bajo los humbrales, mientras *Suseñoría*, emprende la marcha por otra puerta. Volvió Pancho tres y cuatro veces mas y solo pudo alcanzar la amistad del portero, que como todos sus cólegas era un saca cuentos y hablador como un loro.

Desesperado de encontrar al Ministro se decia á si mismo: ¡ay! Pancho Jimenez, cuan infeliz eres. Mejor te hubiera valido tener una alma de piedra y no una alma de cántaro; pues te falta fibra: resuélvete de una vez, rusuélvete, voluntad perezosa y débil. Pero cata aqui, que cuando balbuceaba este monólogo, distingue al Ministro, como una vision bienhechora. Al verlo Pancho Jimenez corre a su encuentro, menudea los pasos para darle alcance, se le acerca, al fin, le vá á hablar; le llama *Useñoría* y *Usted* al mismo tiempo; se le enreda el baston entre las piernas y la lengua entre los dientes; el personaje del portafolio vuelve la cara y él dirige la suya á otro lado, y sigue su camino, quedándose Pancho Jimenez, sin aliento, sin ánimo, y lo que es mas, sin Ministro, y sin empleo.

No nos dijo la viuda si Da. Escolástica habia muerto de un atracon, ó de ayunos; pero lo que sí nos dijo fué, que murió, dejando á su sobrino un callejon de cuartos, mientras sus dias; pues cuando él espichase, debia pasar á la cofradía del Rosario, para que se dijeran misas que sacaran su alma del Purgatorio y la llevaran derechito al cielo. La muerte acaeció despues del suceso referido, y vino á caer, por cuanto la herencia, como pedrada en ojo de boticario, y á consolarlo item mas.

Quien dijo propietario dijo pleito, ó litis, como U. quiera: y á Pancho Jimenez comenzaron á caerle, por razon de su nueva faz, que era una maravilla. No cobra sustos tantos con el finjido demonio, ó el *cuco* un muchacho de aquellos á quienes abuela mima, arropa y envuelve entre traje y fustan, como tuvo Pancho Jimenez al ver uno de esos entes para quienes quedó reservado el don de enredar las cosas que, no es bastante el hilo de Ariadna para salir del embrollo y laberinto en que las ponen. Como ya se sabe, Pancho Jimenez quedó de la noche á la mañaua en propietario de finca urbana consistente en un callejon de cuartos de alquiler. Ay! mejor no lo heredara.

Entre trampas y vacios no pago—me mudo mudamente—no acertaba á adoptar una medida que enderesase á sus inquilinos ¿acertase? no tal, sino que desacertó echando candado aquí y botando muebles allá; de donde resultó que los deudores se querellaron por ante el juzgado respectivo de despojo y otras ofensas. Fué el escribano á notificarle la demanda y era de ver como la sangre lo abandonaba, palidecia su cara, aperlada de por sí, al hacer la notificacion, al pié de la cual garabatos que semejaban patitas de moscas escribió en lugar de nombre y rúbrica de su firma. Cuando hubo salido el escribano, doña Chomba que á la sazón entraba de misa, no pudo contenerse al verlo confuso y tembloroso.

—Pancho, esposo mio, ¿qué te sucede—exclamó.

—¡Ay! Chomba. . . .  
 —¿Te ha dado el cólico?  
 —Peor que eso.  
 —Pues el *dotor*, al momento.  
 —¡Qué *dotor*, ni qué sanguijuelas!  
 —Pues qué te pasa?  
 —Vélo, vélo, allí va.  
 —¿Quién? algún asesino. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡agárrenlo!

—No mujer, si es un fariseo. . . . un escriba. . . . Y Pancho Jimenez se dejó caer en el sofá, casi exánime, sin poder concluir la última sílaba.

Y larga, en fin, sería la biografía de Pancho Jimenez si continuásemos relatando los percances que análogamente á los referidos nos contaba su viuda. Aquí, pues, ponemos punto, no sin decir antes que, la educación antigua que á los mas de los limeños se les daba, que por ser negativa no era educación, de consiguiente, los sometía al castigo de costumbres viciosas, cuando no hacían de él lo que *Juan de Arona* llamaria, con permiso de las lectoras, un *Tetelememe*, tipo raro en otros países; pero un tantico general, antaño, en Lima.

PAULINO FUENTES CASTRO.

### LA SOMBRA.

Al despuntar el sol de la mañana  
 Se proyecta la sombra del viajero,  
 Precediendo su paso en el sendero,  
 Embellecido por la luz temprana.

Cuando llega á la cumbre soberana  
 Desde dónde ilumina al orbe entero,  
 Con profundo cansancio el pasajero  
 Ve desaparecer la sombra vana.

Y al descender el sol hácia el ocaso,  
 Mirar su misma sombra ya no puede  
 Sin volver hácia atrás. Tal es la historia

De nuestra vida. El alma emprende el paso:  
 La esperanza, su sombra, la precede:  
 Y al fin solo la mira la memoria.

J. ARNALDO MÁRQUEZ.

### LAURA ó la Falsa Aureola.

**E**RA el año del Sr. de . . . y vivía en . . .  
 Una mujer llena de encantos y gracias.  
 Su vida muelle y por demas confortable, su  
 alta posición social, sus caudales y rara her-  
 mosura, hacían de Laura el centro de la so-  
 ciedad de su país. Altiva y afable, sabia  
 conquistarse la consideración y reverencia  
 de todos, sin dejar empañar su dignidad de  
 matrona. Era la leona de su pueblo.

Tal era la idea de todos.

Pero un día, sin duda que agitada cruel-  
 mente por los remordimientos de su con-  
 ciencia, quiso espiar su vida de crímenes; y  
 cuando se preparaba el día de su cumplea-  
 ños un especial banquete, se la encontró en-  
 venenada en su propio lecho, y en su vela-  
 dor la siguiente plegaria:

“¡Dios de las alturas! Si la alegría como  
 la tristeza subliman el corazón, el mío Se-

ñor, se horroriza de sus crímenes, é implora  
 tu perdón.

“Si el alma triste se enajena en el dolor,  
 vaga en un mar de borrascas y tal vez su-  
 cumbe á sus embates, y si la tristeza del es-  
 píritu es el origen del vicio, ¡Señor! por  
 que estoy triste?”

“El alma alegre sonríe, se mece en el pla-  
 cer, y aunque de momento, olvide los azares  
 del mundo. Cuando la alegría ajita nuestro  
 espíritu, las fibras del corazón vibran al  
 compás de la pauta que nos impone el sen-  
 timiento. Y si cuando la tristeza nos oprime,  
 el espíritu se abate, nuestro seno se ahoga,  
 el corazón oscila sin compás y nuestros  
 suspiros se elevan al cielo; ¡Señor! por que  
 estoy triste?”

“Reír, sentir placer, mecerse en un mar  
 de ilusiones olvidando el dolor, es sentir la  
 alegría del espíritu, como la sientes tú, el  
 ángel, la naturaleza. . . . y Yo Señor por que  
 no sonrío?”

“Sonríe el prado cubierto de flores, el  
 riachuelo que murmura, la flor que se col-  
 lumpia en su tallo, la violeta que se escon-  
 de. Sonríen también el arbusto, el árbol ji-  
 gantesco, las montañas, el arco iris, el re-  
 lámpago y el trueno; solo sí que su lengua-  
 je como fiel remedo de la naturaleza en su  
 primer bosquejo, se hace ajena al idioma del  
 alma, que pronto se hermana con el lengua-  
 je de la naturaleza pintoresca, que forma el  
 tipo de las variantes del espíritu.

“Y yo ¿por qué no sonrío?”

“Por qué Señor has eclipsado lo íntimo  
 de mi seno, y negra oscuridad me rodea?”

“El remordimiento corroe mis crímenes  
 y conforta mi fé; pero corroe también mi  
 corazón.

“Me llamas, Señor? Tal vez; por que si  
 la naturaleza tal cual la formó tu eterna sa-  
 biduría, tiene encantos y bellezas que influ-  
 yendo en el espíritu lo hacen sonreír; tam-  
 bien tiene altares donde abismada y arre-  
 pentida el alma, tal vez lloraria por un año,  
 por un siglo.

“¡Señor! que sea mi mismo lecho donde  
 me ofresca en holocausto, por que siento la  
 tristeza del remordimiento y el horror de  
 mis crímenes me asusta. ¡Basta!!! ¡basta  
 Dios mio! . . . . .”

“Perjura á mi tálamo y todavía perjura  
 á mis amores criminales despues de haber  
 manchado y para siempre la frente de mis  
 hijos, no me queba mas amparo que mi fé  
 en tu misericordia. Que este veneno me ha-  
 ga morir, y para que la espionación de mis crí-  
 menes me persiga mas allá de la tumba, rue-  
 go que sobre mi loza se coloque este epita-  
 fío: “*Laura ó la falsa aureola.*”

Tal fué la triste historia de Laura y la  
 plegaria que dejó por recuerdo esa mujer  
 seductora, cuya pureza mentida fué revela-  
 da por ella misma en su plegaria y envenenamiento.

Desde entonces, como si la sociedad qui-  
 siera cumplir los votos de Laura en su ago-  
 nia, señala con el dedo la prole inocente de  
 mujer tan criminal, con este dieterio de  
 vergüenza: “Los hijos de la suicida.”

RAFAEL SANCHES DIAS.

Julio, 1874.

### A SAN ANDRES.

*Oda al estilo griego, traducida del italiano  
 de Gabriello Chiabrera.*

*Estrofa.*

Grecia! quién me enseñara  
 A guiar noble prora  
 Por una ruta que hoy en veloz hora  
 A tus ansiadas costas me llevara?  
 Mas no para escuchar la voz sonora  
 Que deleita el oído,  
 Egregia dote de tu noble gente,  
 Donde el genio eminente  
 Fué de las almas déspota querido.

*Antiestrofa.*

Tampoco el afán necio  
 Mi corazón enciende  
 De ver los teatros que ya en surcos hiende,  
 De los villanos el arado recio.  
 Quién pone coto y resistir pretende  
 Del tiempo al rudo asalto?  
 La esperanza terrena es desvario,  
 Pues viejo poderío  
 Se baja mas cuanto subió mas alto.

*Epodo.*

A la Aquiva región lanzarme anhelo  
 Para besar postrado el feliz suelo  
 Que de Andrés á los pasos florecía,  
 Adalid del Señor, del pueblo guía,  
 Roca inmóvil en medio á la mar brava,  
 Águila que en el éter discurría  
 Y á quien el rojo sol no deslumbraba.

*Estrofa.*

Misterios celestiales  
 Se sabrán hoy cantando.—  
 Lejos de nos el corrompido bando  
 De impenitentes almas infernales!  
 Y vos, Cristianos! idos preparando  
 A terrible suplicio.  
 No son quimeras de falaz historia:  
 Solo se va á la gloria  
 Por la senda de heroico sacrificio.

*Antiestrofa.*

Bajo el cruel acero  
 Ya Santiago ha caído,  
 Y Marcos y Mateo han recibido  
 Del martirio también el golpe fiero,  
 De aceite hirviendo Juan ha padecido  
 La tortura funesta,  
 Ya en cruz Pedro se alzó en el Vaticano:  
 No menos inhumano  
 Es el fin que en Patrasso á Andrés se apresta.

*Epodo.*

Peregrinando allí la planta lleva,  
 Y apenas su admirable acento eleva  
 La cosecha de Fé brota sin tasa,  
 En vivo amor el corazón se abrasa,  
 Y por el bien común arroja osado  
 Los falsos Dioses de su propia casa,  
 De enseñar la virtud jamás cansado.

*Estrofa.*

El jefe del Imperio  
 Lo supo en el instante;  
 Fué con Andrés afable é insinuante,  
 Despues lo desdeñó con vituperio;  
 Mas cuando vió que intrépido y constante  
 Persistió en un Dios solo,

Y amenazas y ruegos no valieron.  
Sus ojos se encendieron  
Y el pecho mas, y á muerte condenólo.

*Antiestrofa*

No tan pronto la frase  
Se oyó de la sentencia,  
Cuando se irguió con rara diligencia  
Una aspa donde al Justo se colgase.  
Vertian todos llanto de clemencia,  
Convertidos ya al cielo;  
Pero, al contrario, Andres (cosa estupenda!)  
En su agonía horrenda  
Gozo encontraba y sin igual consuelo.

*Epodo*

Cual fatigada cierva, á quien acosa  
La sed, si mira de una fuente hermosa  
Brillar lejos la linfa en curso lento,  
Da mas velocidad al pié de viento  
Por disfrutar de esa agua que tanto ama;  
Tal se avalanza al palo del tormento  
El apóstol de Cristo, y luego exclama:—

*Estrofa*

“Oh madero precioso,  
“En donde el Verbo caro  
“De la santa justicia fué reparo,  
“Y con su muerte me hizo venturoso;  
“A tí me abrazo, oh cruz, de tí me amparo.  
“Abreme tú el camino  
“Para que salve de esta angustia extrema,  
“Y á la mansion suprema  
“Pueda llegar del Redentor divino.”

*Antiestrofa*

Dice así, se desnuda,  
Y se expone á la afrenta,  
Para calmar el ansiedad cruenta  
De esos impios por su pena aguda.  
Porqué la plebe gime, se impacienta  
Y al mismo cielo insulta  
Si el mas pequeño gusto se le niega?  
Es acaso tan ciega  
Que un ejemplo tan noble se le oculta?

*Epodo*

Qué riqueza en la tierra haber podia  
Para Andres, ó qué honor, ó qué alegría  
Que lo impulsara á desafiar la muerte?  
La virtud verdadera, el pecho fuerte  
Allí se aprecian do la fraude falta.  
Inclinar ante el cielo la rodilla  
Es la única accion que nos exalta:  
El mendigo de Dios al Rey humilla!

CONSTANTINO CARRASCO.

Noviembre 30 de 1873.

**EL AGUA MANSA.**

[L'eau dormante.]

ESCENAS DE LA VIDA MEJICANA, POR

LUCIEN BIART.

(Continuacion.)

LA cantatriz llevaba un severo vestido de Amazona de paño azul. El clima la habia obligado á reemplazar el tradicional sombrero redondo por otro á la Luis XV que, sea dicho de paso, le venia admirablemente y no solo ese tocado sino todo el gracioso vestido de la época que hubiese adop-

tado la cantatriz si su gusto hubiese estado á la altura de su belleza. Era bien formada; y sin embargo; su andar y ademan tenian esa correccion, esa rigidez británica de la cual los norte-americanos no consiguen jamas desprenderse. La desairada manera con que la cantatriz se sentó en la hamaca que le fué ofrecida hizo asomar una imperceptible sonrisa á los labios de doña Lorenza.

Alberto, ménos locuaz que de costumbre, descuidaba á cada instante su lente para mirar mejor. El rico y gracioso vestido de la criolla, tan nuevo para él, lo extasiaba, y se maravillaba de la gracia con que doña Lorenza, hablando, alzaba ó bajaba su chal, abria ó cerraba su abanico; y cómo con una castidad provocante sabia enderezarse ó recostarse sobre los muelles cojines de su lecho móvil. La Wilson, poco cómoda sobre un asiento al que no estaba acostumbrada, conoció su inferioridad y quiso ver de cerca el lago cuya situacion pintoresca llamaba su atencion. Doña Lorenza se levantó al momento, y guiadas por don Luis, las dos mujeres atravesaron el prado.

Eran, poco mas ó ménos, de la misma estatura; pero el andar lento, felino, de doña Lorenza eclipsaba por su gracia natural los pasos mas académicos, mas teatrales de la cantatriz. Alberto, verdadero niño travieso, hizo que lo notaran los europeos sus compatriotas invitados por don Luis. Despues de un corto paseo se volvieron al corredor, en donde habian dejado los caballos que, con la cabeza inclinada, las orejas gachas, las piernas dobladas y los ojos medio cerrados tenian esa apariencia estenuada que engaña con frecuencia á los extranjeros. Apenas sus dueños estuvieron sobre la silla, se vió á los fogosos animales saltar, piafar, morder el freno, y manifestar con relinchos su impaciente ardor.

La Wilson, por una galanteria del prefecto de Córdoba, montaba una magnífica yegua de pelo blanco, bestia dócil cuyo paso ordinario era esa andadura rápida á que están adiestrados los caballos de carrera mejicanos. De repente la cantatriz hizo notar que don Alberto estaba ausente. Se pusieron á buscar al francés y lo hallaron trepado sobre una roca. De esa altura se divertia en echar piedras en el lago, verlas dar vueltas y perderse en sus misteriosas profundidades.

Trajeron el caballo de doña Lorenza, animalito de raza andaluza, de pelo negro como el ébano, crin espesa, narices abiertas y mirada salvaje. Se encabritaba, sacudia el freno y procuraba escaparse de la mano de Antonio, ocupado solo de contenerlo. Doña Lorenza con su chal anudado sobre la espalda y un pequeño chicotillo en la mano, parecia esperar á su marido, que estaba ya montado. Este lo advirtió, echó pié á tierra y corrió á ella. Un encarnado visible coloreaba sus mejillas bronceadas.

—Gracias!—le dijo su mujer, apoyándose sobre su espalda y dejándose levantar á la altura de la silla—¿me habias olvidado? Ahora—añadió, golpeándole amigablemente con el puño de su chicotillo—atiende á nuestra invitada. Yo no sé por qué, pero me parece que esta hermosa señora esté ménos gustosa sobre el lomo de un caballo que delante del piano.

Las dos mujeres caminaban lado á lado rodeadas por el enjambre de caballeros. Alberto excelente escudero, envidiaba el cómodo y pintoresco vestido de á caballo que llevaban sus compañeros, y prometió hacerse confeccionar uno parecido en la primera ocasion. Caminaba adelante, y no cesaba de alabar á doña Lorenza.

—Decididamente, querido mio, vuestras mujeres son el encanto en persona—decia á su confidente habitual; pero ¿quién pues me ha hablado en Córdoba de la indolente languidez de nuestra huésped, llamándola “el agua mansa”? Si, es de azogue esta mujer! ¿Veis con qué vigor contiene su caballo? Se diria que está clavada sobre la silla, de tal manera su cuerpo sigue armoniosamente los movimientos de ese andaluz que á mi ver es la bestia mas admirable que se pudiera soñar. Si la señora Wilson quiere creerme—añadió mas bajo—no se sentaria en adelante en una hamaca, ni montaria mas á caballo, sino cuando una distancia de cien leguas la separase de esta seductora doña Lorenza.

El jóven secretario se expresó bastante alto para ser oído de sus vecinos y los mejicanos, casi franceses bajo el punto de vista del amor propio nacional, sonreian con un aire aprobador.

Llegaron á la cumbre de las colinas que dominan el valle y toda la serie de cimas, unas labradas, las otras, cubiertas todavia de florestas vírgenes se mostraron en el horizonte. A pesar de su anteojo, la vista, del agregado á la embajada era excelente y se extasió ante la belleza del paisaje. Una pendiente rapida cubierta de rocas conducia al fondo del valle atravesado por un estrecho torrente. El sol en ese instante descubierta abrasaba la onda espumosa, y le hacia semejar á un reguero de flamas. Muy pronto el camino no fué ya, sino un sendero accidentado: y los caballeros, obligados á desparramarse guiaron sus caballos á derecha ó izquierda por no marchar en fila.

—¿Os gusta galopar, señor francés?—preguntó de repente Lorenza á Alberto, que se esforzaba por mantenerse cerca de ella.

—En vuestra compañía, señora, todo me agrada.

Vamos, pues—exclamó la jóven—y soltando la brida á su caballo se lanzó por la escarpada pendiente. Alberto, sorprendido, no titubeó mas que un segundo, y siguió á su audaz guia. Llegados al fondo del valle, doña Lorenza saltó el torrente, subió la cuesta á galope, y se detuvo sobre una planicie en donde Alberto y algunos caballeros la alcanzaron. Al volverse vió á la cantatriz sin sombrero, asida á la silla, mientras que don Luis y el marido de Quirina contenian su caballo excitado.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó la criolla en tono de sorpresa.

—Esta señora no ha podido contener su caballo—dijo un ginete que llegaba—no sabe galopar sino en los llanos.

—Es un placer que le daremos ahora mismo—murmuró doña Lorenza con una expresion cruel, que sorprendió á Alberto.

Descendiendo de nuevo á toda brida, ha-

ciendo saltar á su caballo las rocas y las breñas, la criolla vino á ponerse cerca de la cantatriz.—Os pido perdon de mi atolondramiento señora—dijo—bajar una colina corriendo es un juego en mi salvaje país; y yo he olvidado preveniroslo.

La cantatriz, á quien habia faltado poco para dar una caida, echó la culpa de su mala ventura á su caballo.

—¿Quereis montar en el mio?—le preguntó doña Lorenza.

—No, por cierto, su mirada sola me espanta.

—Andaluz es, no obstante, un verdadero carnero—dijo la criolla, acariciando al animal con su manita enguantada—se hace de él lo que se quiere.

Y como prueba de su asercion, se puso, á pesar de los obstáculos del terreno á describir grandes círculos al rededor de la cantatriz, y llegó al mismo tiempo que ella sobre la meceta.

Atravesaron el bosque: Doña Lorenza siempre adelante parecia representar el papel de guia, viéndola trotar, galopar, volver sobre sus pasos para regresar de nuevo. Alberto admiraba mas y mas á la incomparable escudera que galopando se envolvía en su chal de veinte maneras imprevistas y picantes. Los caballeros mejicanos, poco acostumbrados á un paseo al paso, se lanzaban con frecuencia, siguiendo á su compatriota, y con ellos Alberto, á quien la cantatriz llamaba sin cesar á su lado. Don Luis solo no se fastidiaba. Él, que de ordinario daba el ejemplo de las mas locas proezas, se quedaba pacíficamente al lado de la tímida extranjera, de cuyo caballo no quitaba la vista.

ANGELA CARBONEL.

(Continuará.)

AL JOVEN F. M.

MUERTO EN LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL.

I.

¡Tambien tú, cual intrépido espartano,  
En la sangrienta lid, de muerte herido,  
En la flor de tus años has caido,  
Tú á quien un tiempo apellidé mi hermano!

Y de tu amada mísera lejano  
Al exhalar el postrimer gemido,  
No recibí tu faz seno querido  
Ni acarició tu sien piadosa mano!

Y por tierra yaciendo tus despojos,  
Extinguidos quedaron los destellos  
De tus inquietos rutilantes ojos;

Desfigurados ya tus rasgos bellos;  
Y en polvo envueltos y de sangre rojos  
Los que ví en tu niñez áureos cabellos!

II.

¡Jóven que hoy duermes en helado lecho  
Y en letargo sin fin! ¿por qué los mares  
Veloz cruzando, tus felices lares  
Abandonaste y el amado techo?

¿Tal vez, tu ardiente y entusiasta pecho,  
Ansiando de la lucha los azares,  
Las horas del presente halló vulgares  
Y el horizonte de tu vida estrecho?

¿Acaso, en esplendente panorama,  
Cruzó ante tu alma el númen de la Gloria  
Que en alto apláuso al vencedor aclama?

Y el desfile marcial de la victoria;  
Y las vibrantes trompas de la Fama;  
Y la eterna apotéosis de la Historia?

III.

¡Y se van en catástrofes impías,  
Cual las marchitas hojas voladoras  
Cuando se alzan las ráfagas sonoras  
Allá en las tardes del otoño frias!...

¡Oh insomnes noches lentas y sombrías!  
¡Oh sangrientas y tétricas auroras!  
¡Oh inenarrables miserandas horas!  
¡Oh dolorosos gemebundos dias!...

¡Y cual de Sion el lúgubre Profeta,  
Junto al santuario, con dolor profundo  
Reclinada la faz sobre la palma.

Solo queda el tristísimo poeta,  
Entre las ruinas míseras del mundo  
Y los escombros fúnebres de su alma!

NUMA P. LLONA.

Lima, Enero de 1875.

A T. O. y R.

Encantada edad llena de ilusiones  
y castas ignorancias!  
Ojala no pasaras!  
Ojalá te adormieras en el regazo  
del amor materno.

E SUÉ.

SONETO.

Entreabres tu boton flor coloreada,  
Por los bellos albores de la vida,  
En brazos del candor adormecida,  
Tu alma de frescas auras embriagada.

Ay no te lances, cándida y confiada,  
Que pronto del amor profunda herida,  
En tu pecho verás estremecida,  
Y de un ideal, Teresa, enamorada.—

El amor, el amor, palabra vana,  
Que hoy con perfume seductor embriaga  
Y que huye cruel burlándonos mañana!

No te separes del amor materno,  
Que ese amor una vez solo se goza  
Y que es el verdadero y tierno!

NICOLAS A. GONZALEZ.

1874.



LAS AVES VIAGERAS.—Partió la melodiosa bandada que venia cada dia á posarse en torno mio, alumbrando mi alma con la luz de su alegria. Ellas me traian los rumores del mundo, las sonrisas de la vida. ¿Cuándo regresarán estos argos queridos de límpidos ojos que todo lo ven? Preciso será reemplazarlos yendo á mezclarse á las palpitaciones de esta populosa Lima, que, si muchos encantos ostenta, encierra tambien, como parte integrante del Valle de Lágrimas, hondos dolores.

Entre los mármoles de sus palacios, bajo sus áureos artesonados, banquetes y saraos: regocijo: entre la sombra de los tugurios que los avecinan, hambre, desnudez, desesperacion. Ah! ¿por qué el rico, al hacer limpiar el polvo que se asienta en las doradas cornisas de su alcazar no hace tambien desaparecer la miseria de la morada del pobre? Cómo guardar el bienestar que nos sobra, si otros carecen de él?

Así pensaba yó, caminando ante esos palacios y esos tugurios, deslizándome entre la multitud de gente que llenaba las calles.

Qué hacia esa muchedumbre?

Festejaba á los recién llegados del Sur.

Qué de amigos tiene la prosperidad!

Centenares de soldados, esparcidos en las calles por todas direcciones, iban, no solos, ni seguidos de desgreñadas rabonas, sino de tres en fondo entre elegantes y perfumadas ciudadanas, que los contemplaban solícitas, y les sonreian con la ternura y el confiado abandono de la familia.

Cuan larga es la parentela de los vencedores el dia de la victoria! Lo será tambien el dia de viceversa?

ESTILETOS FEMENILES.—Ay! niña! ¿quién te arañó?

—Déjame! que fué por defender á mi hijo.—Así preguntó una muger que venia, y respondió otra que iba delante de mí. Eché sobre esta una ojeada y ví sus mejillas surcadas por líneas sangrientas, cual si las hubiera trazado la punta de un puñal.

—¿Pero quien fué el demonio que hizo tal horror en tu cara?—continuó la interpe-lante.

—Figúrate que llevaba de la mano á mi hijo en la calle. Un aleman alto, espaldudo, colorado; con unas patillas color de infierno y un garrote por baston, viene; quiere pasar adelante; se enreda en la cola de mi falda, y cae cuan largo es. Mi hijo rie. ¿Qué sabia el inocente? Pero el maldito hereje, sin entender de bromas, levántase furioso y alza el palo para sacudir á mi niño. Mas yó mas ligera que él, arrojéme delante y me

prendí de sus patillas con tál fuerza, que desperté bañada en sangre. Tenia las uñas clavadas en mis propias mejillas.

—¡Malhaya tu pesadilla, y la manera de contarla!

¡Ah! hija, de algun modo he de volver á alguien el chasco que yo me dí.

CORRESPONDENCIA.—Un centenar de cartas espera mi regreso á casa. Las hay de Huacho, de Chorrillos, de la Magdalena. Por el perfume exquisito que otras exhalan, adivínase que acaban de dejar el elegante retrete de una bella.

—Es imposible, decia una de las primeras—es imposible que haya en el mundo un paisaje tan encantador como el que en este momento contemplan mis ojos en esta tierra de las naranjas y de los animales sin nombre. Sentada en lo alto de un mirador, tengo á mis pies el pueblo, con sus casas pintorescas y sus interminables huertas, cuya matizada fronda se estiende á lo lejos en ondulaciones interminables; á mi derecha el Infinito con sus azuladas olas, su magestuoso silencio, y su horizonte misterioso.

Pero yo no amo la vida contemplativa; y prefiero á estos esplendores de la naturaleza, el tumulto de las calles de Lima; la vista de las vidrieras de sus almacenes, los palcos de su teatro las bullisiosas pláticas de sus salones. Mis ojos buscan sin cesar el punto que ocupa en el espacio; y entre la oscuridad de la noche creo divisar la ardiente zona que la circunda.

—“Me fastidio á no poder mas”—decia otra—en este pueblo solitario, sin tener á quien hablar, y con una luna de miel al lado! Conoces tú algo tan empalagoso como un par de novios? Parecen dos maniáticos. Nombra ella á un hombre? Él la mira con una fijeza brutal, cual si quisiera arrancarle del fondo del alma un recuerdo del pasado. ‘Alaba, por casualidad mi hermano algo en una mujer? La suya se echa á llorar; y no quiere comer, y se va á esconder en la huerta, y es necesario ir á buscarla, rogarla y traerla en triunfo.

Te aseguro que nunca podré amar á mi cuñada, á causa de haber presenciado sus necesidades de recién casada. Hace bien esa gente, de ir á pasar á solas en un hotel ó viajando, esta faz impertinente de su existencia.

Chorrillos comienza á tomar un aspecto fantástico—refiere una tercera—Sus salones se abren, se iluminan, se pueblan de hermosas, que agrupadas en los corredores á la luz prestigiosa del gas, adornadas con el lujo y la gracia que son nuestro patrimonio, hacemos de este venturoso paraje, una region encantada: el país de las hadas, con su reina, silfos, etcétera. Pero yo soy demasiado altiva, y tú dices que muy bella. . . . . No entiendes? . . . . . Llámame, pues, la reina de las hadas!

Satinado vitela; selladas con monogramas, que volverian agua la boca á un coleccionista; plegadas, no por dedos humanos, sino por los rosados de la aurora. Qué dicen? Ingeniosas soluciones á nuestra última charada.

—Mi Sa. Juana Manuela—tenia una por adición, la casa de campo que vamos á sortear ¿es una casa *deveras*?—Por qué no?—me

respondo á mí misma—Frederick es un jóven acaudalado, y nada mas natural que premiar así el trabajo que nos da su charada.

—Mi Sa. Juana Manuela ¿quiere usted una solucion á la charada de su amigo Frederick que lo bañe en agua de rosas y lo haga acordar de sus tiempos de colegial? Pues allá va:

Yo dichosa me creia  
Cuando á amarte llegué,  
Mas oh cielos! por mi fé,  
Cuan engañada vivia!

Pues cuando *tu* me engreias  
Con tu tierno y puro amor,  
“Soy *tuyo*” ay! me decias,  
Y burlabas mi candor.

Qué cúmulo de doradas ilusiones encerraban estas rientes misivas! La imaginacion de una jóven, es el verdadero país de las hadas.

JUANA MANUELA GORRITI.

### Soluciones á la charada No. 13.

Sin tí mi primera es nada,—*tu*  
Mi segunda existe en mí—*yo*  
Y soy desde que te ví  
El todo de la charada.—*Tuyo*—

MARIA HORTENCIA.

En la prima *yo* un pronombre  
Veo como en *tu* segunda  
Y creyendo *tuyo* el todo  
De la presente charada,  
Digo que de cualquier modo  
La he dejado decifrada.

M. EMILIA DEL VALLE.

Frederick, de tu charada  
La solucion pronto incluyo;  
Por mí ha sido descifrada  
Y afirmo que el todo es *tuyo*.

ZOYLA CALERO.

Si al ver la charada arguyo  
Que entre *tu* y *yo* la formamos,  
Preciso es que convengamos,  
Que siempre seré yo, *tuyo*.

E. P. V.

Lo que existe en tí, es *tu*  
Lo que existe en mí, es *yo*;  
Y á tu todo poco importa  
Que yo sea *tuyo* ó no.

LUIS LARRAÑAGA;

*Tuyo*.

ELENA BENAVIDEZ.

De mi país por siempre huyo,  
Sino consigo alcanzar  
La dicha de proclamar  
Que soy para siempre *tuyo*.

ALMANZÓR.

*Tuyo*.

ADELA REVOREDO.

Sin tí mi primera es nada—*Tu*  
Mi segunda existe en mí—*Yo*  
Y soy desde que te ví  
El todo de la charada *Tuyo*.

JULIA O. DE URREA.

Yo dichosa me creia  
Cuando á amarte llegué,  
Mas oh cielos! por mi fé,  
Cuan engañada vivia!

Pues cuando *tu* me engreias  
Con tu tierno y puro amor,  
“Soy *tuyo*” ay! me decias,  
Y burlabas mi candor.

DALINA GAMBAENAD.

Mi Frederick muy carísimo:  
Mándame el premio de la charada,  
Por que te la dejo decifrada  
Firmandome: *Tuyo* afectísimo.  
S.

Difícil es la charada  
Y de descifrarla casi huyo,  
Por el premio interesada  
Me avanzo á decir que es *Tuyo*.

JULIA CÁCERES.

Es verdad averiguada  
Que sin tí la prima es nada,  
En mí tu segunda existe,  
Y el todo dice por chiste  
Que eres mio, en la “Alborada.”

*Tuyo*.

MATILDE SAAVEDRA.

Amable Directora.  
Mi cariño, y simpatia es—*Tuyo*.

VALENTINA.

### CHARADA. [1]

(Esencialmente limeña: y dedicada á las Señoritas de “La Alborada.”)

La primera no es impar,  
Nunca lo ha sido,  
Y la segunda es siempre  
Musical signo.

Nunca ha sido mi todo  
Negro ni blanco  
Pero sí nombre propio  
De un gran peruano.

Y si tú lo descifras  
Como lo espero  
Bellísima lectora  
Te doy un premio.

VALENTINA.

### PERMANENTE.

El buzón para recibir los originales destinados á la publicacion de este semanario, se cerrará el miércoles en la noche, de cada semana, para el número que debe salir en ella.

Cualesquiera reclamaciones referentes á LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su direccion, Urrutia, hoy Camaná, 188, departamento de la izquierda.

[1] La autora de la Charada, obsequiará con un par de floreros á quien designe la suerte; de entre las seis primeras soluciones que lleguen á casa de la Señora Directora. Esperando que estas no pasen de un cuarteto.

EMPRESA TIPOGRAFICA,  
Calle de Camaná, antes Ayacucho, N.ºs 128 y 130.